



LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

DE COMO EMPEZÓ Á DESARROLLARSE LA HIDROFOBIA ENTRE
LOS PARTIDARIOS DE LA INTERVENCIÓN.

Salióse el ministro francés rabioso como un perro de presa y se dirigió á su casa, donde le esperaban con impaciencia Wask, Manzanedo y Don Fernando Moncada.

—¡Rayos y truenos!—dijo Saligny—estos diablos de españoles son los menos á propósito para el arreglo de los negocios.

—¿Pues qué pasa?—preguntó Wask.

—Que esos infernales aliados se han conjurado contra nosotros.

—¿Han reñido por ventura?—interrogó, Don Fernando.

—Hay para darse un tiro, exclamaba Saligny, llevamos muy malos pasos, estoy por hacer una barbaridad.

—Contadnos, señor ministro, dijo Manzanedo, calculando que era muy grave lo que había tenido lugar en la primera conferencia.

—No lo vais á creer, me parece un sueño, una fábula, ¡vive Dios! que esto será lo peor de cuanto pudiera sucederme. Habéis de saber que.....pero me ahoga la rabia, dadme un trago de coñac, porque mis fauces están secas como un papel.

Wask se levantó y sirvió en un vaso coñac, pan cotidiano del señor ministro francés.

—Decía, continuó el *copólogo* diplomático, que los aliados se rehusan á que entren en las reclamaciones los créditos de Jecker.

Wask dió un salto como si fuese de resorte.

—Como lo oís, contestó Saligny, juzgan exagerada la pretensión, comienzan por declarar que el contrato es *leonino*, y todo esto constará en una acta y estamos punto menos que perdidos.

Manzanedo permaneció impasible, á pesar de sus compro-

misos con la casa del banquero: él iba en pos de la candidatura de Don Juan de Borbón y aquello no era de muchas consecuencias.

Wask no había podido articular una sola palabra; si un rayo hubiera caído sobre su cabeza no hubiera producido conmoción más profunda.

—Ningún negocio más importante, proseguía lleno de cólera y de coñac Saligny, cien fortunas van á desplomarse con este golpe; pero yo juro romper antes el convenio de Londres, que consentir en semejante atentado.

—Yo me muero, exclamó Wask, esta situación me volverá loco.

—Yo, dijo el ministro, que me he valido de cuantos medios han estado á mi alcance, que he atropellado por todo, hasta conseguir la intervención armada de la Europa, no quedaré hecho un rey de burlas delante de los hombres de la intervención.

Manzanedo más avezado que sus colegas en los negocios de la política, comprendió desde luego que no sería satisfactorio el éxito de la expedición; no obstante, ya estaba lanzado y era preciso seguir con más ardor que nunca, hasta el desenlace de aquel drama; estaban en la primera escena.

—Yo estoy disgustado, decía Saligny, desde la proclama de ese soldadón español, que se anticipó á nosotros en la caravana intervencionista: las cosas deben llevar un nombre desde el principio, y si tenemos de obrar en son de guerra, ¿á qué hacer alarde de una misión de paz, que seguramente no es la nuestra?

—Después, dijo Don Fernando, se nos echará en cara ese manifiesto que es todo un programa.

—Además continuó Saligny, que no es un misterio que venimos á derribar el gobierno de Juárez y á establecer la monarquía. El general Almonte que debe desembarcar en uno de estos días, ya ha estado en Viena; porque el plan de Iguala llama al trono á un archiduque de Austria.

Tocóle su vez á Manzanedo, que se levantó del asiento involuntariamente.

—Señor Saligny, dijo procurando apagar la alteración de su voz, á quien llama el plan de Iguala es á un individuo de la casa de Borbón, que no puede ser otro que el príncipe Don Juan.

—Me da lo mismo, si me han de pagar mis reclamaciones; no os inquietéis por los trabajos de Almonte, él está en su derecho, como vos al trabajar por la candidatura de los Borbones.

—Supongo, dijo Manzanedo, que no se habrá tratado esa cuestión en la conferencia.

—Allí no se ha tratado sino de barbaridades, repuso Sa-

ligny; ¡esos hombres son unos estúpidos! yo que pensaba abonarme algo de las rentas de la aduana, me encuentro desposeído de lo que legítimamente me corresponde.

—Temiendo estoy, dijo Don Fernando, que fracase hasta la monarquía.

—No aventuremos tanto, la nota colectiva sale hoy mismo de Veracruz en el porta-pliegos de los comisionados; dentro de una hora estarán en camino para la capital.

Wask, no vuelto aún de su aturdimiento, gritó con furor:

—Estos aliados están matando el pensamiento de la convención de Londres, se están haciendo los interesantes, cuando mañana tendrán que ametrillar á esos hombres á quienes les dirigen la ridícula nota colectiva; ¿creen acaso que Juárez va á entregar las llaves de la nación á la primera palabra de la liga? eso es no conocer la tenacidad del presidente; además que no recibirán con flores á las primeras tropas que se atrevan á emprender el camino rumbo á las gargantas de la sierra; Llave tiene fortificadas las montañas, y esas posiciones no se toman con proclamas; no hay un solo ejemplo de que un pueblo se haya dejado arrebatarse su independencia sin disparar un sólo tiro. La acción debió haber sido violenta, hoy la nación se pone en guardia, se organiza y acumula cuanto elemento puede sacar de la misma situación.

—Es verdad, dijo Saligny, eso mismo he dicho en la junta; pero el infierno, es decir, la Inglaterra, se ha propuesto perdernos, y en unión suya el Marqués de los Castillejos.

—Ese espadachín, dijo Don Fernando, ese héroe que sólo sabe triunfar de los moros, la está echando de Quijote.

—Precisamente, respondió el Ministro, el Gabinete de Madrid no podía haber hecho peor elección: el General Prim está enlazado con una señorita mexicana, y además el Ministro de Hacienda de Juárez es su tío, circunstancias todas que lo hacen adolecer de parcialidad.

—¡Carguen con él todos los diablos! exclamó Wask electrizado, lo que extraño es la conducta de sir Charles Wyke.

—Como no le hemos participado de los millones, está rabioso, observó Saligny.

—No hay más que interesarle.

—Ya son muchos los socios, amigo mío, y ese demonio de suizo no quiere muchas divisiones, ya se considera suficientemente.....

—No importa un millón más ó menos; una colección de papeles inservibles se la volveremos billetes de Banco, eso es mayor milagro que convertir las piedras en pan.

—Es cierto.

—Es necesario, dijo Manzanedo, no agriar esta situación, yo veo hasta hora que las cuestiones se aplazan, no hay más que tener paciencia, esperemos la respuesta del Gobierno me-

xicano, cedamos á las menores indicaciones de los aliados, que más tarde dispondremos de la situación; que no acalorarse porque las consecuencias pueden ser funestas.

—Yo, dijo Saligny, me he contenido merced á ese pensamiento, no quiero que mañana se me culpe de haber echado á rodar un negocio que se presenta bajo tan buenos auspicios.

—¿Tenemos algo de México? preguntó Don Fernando.

—Hay algo, que bajo la apariencia de un incidente cualquiera podrá ser de algunas consecuencias.

—Explicaos, señor Ministro.

—Juárez ha cambiado Gabinete. Zaragoza, ese hombre tan fuerte para las armas de la reacción, ha dejado el Ministerio y con una división que esta bien organizada se dirige á nuestro encuentro.

—¿Ese General es el de Silao y Calpulálpam?

—El mismo, señores, hombre de gran vista militar, reservado, valiente y querido de sus soldados.

—Lo he dicho, el Gobierno de México se organiza.

—Zaragoza, continuó Saligny, es un General valiente y sagaz, sostendrá con más éxito que otro una campaña; pero eso no importa, nuestras armas son invencibles.

—¿Pues entonces, qué teméis?

—Temo al Ministro de Relaciones, á ese Doblado, hombre suspicaz, arrojado hasta la temeridad cuando su amor propio se halla comprometido; conoce á los hombres y los ataca por su lado vulnerable; la acechanza y el engaño son sus armas; puede habérselas con nosotros, temo que le hable á los ingleses con oro, y á los españoles con humo: los primeros son todo metal y los segundos gloria, caballerosidad y bambolla. En cuanto á la Francia, cerraremos los oídos: ya la conocemos.

—El negocio es más difícil de lo que parecía al principio.

—Es verdad, yo mismo le desconozco; este suelo no sé qué tiene: al respirar la atmósfera de este clima, todo se vuelve al revés, todo se lo lleva el diablo.

—Estamos en una pendiente horrible.

—Serenidad y confianza, dijo Manzanedo, estemos á la expectativa; no hay que desesperar.

—Más tarde, repuso Saligny, y en mejor terreno, haré valer los contratos celebrados con Jecker, tomaré los primeros dividendos, dejando en manos de ese suizo miserable la responsabilidad por el resto de la suma.

—Ese oro, dijo Wask, ha sido la piedra imán de la intervención: ¿quién dirá que ese precioso metal formará parte del tesoro imperial?

—Silencio, caballero! me comprometéis horriblemente.

—No hay quien se en tere.

—Olvidemos por un momento el desastre, y preparémonos para el porvenir.

El Ministro se adelantó á la botella y comenzó á tomar como un flamenco.

Manzanedo y Don Fernando se despidieron, dejando al francés y al inglés entregados al sopor de los espíritus alcohólicos.

II.

—Sé, dijo el Conde á Manzanedo luego que estuvieron solos en su alojamiento, que habéis recibido noticias de México.

—No os lo ocultaré más, caballero, estamos identificados en una misma causa; la Condesa de Montemolín se halla en la Capital.

—Sí, bajo el nombre de Rosa, añadió serenamente Don Fernando.

—¿La conocéis, caballero?

—Estoy en relaciones con la hija de Carlos Luis de Borbón.

—Esa mujer es terrible, dijo Manzanedo, y educada para la política, mantiene relaciones con todas las personas de influencia, y las aleja entre sí con un pacto admirable.

—¿Y qué os dice?

—Que en México se conspira incesantemente, aunque se ha recibido la proclama de los aliados con sumo disgusto por los partidarios de la monarquía.

—Nos ha pasado á nosotros lo mismo: no obstante, la cosa marcha.

—Temo un rompimiento entre los plenipotenciarios; la manzana de la discordia ha aparecido.

—Sería bueno deshacernos de Prim, dijo de una manera acentuada el Conde del Jaral.

—No, repuso Manzanedo; puede ser elemento borbónico.

—No importa, ese hombre es de mal agüero; ya sabéis que yo cuento con medios para todo.

—Ya los explotaremos más tarde.

El Conde era un hombre que veía en los hombres *obstáculos ó medios*; estaba pronto á emplearlos ó á hacerlos desaparecer; negaba la existencia de los crímenes en política; creía que todo era lícito para llegar á un fin determinado.

Don Fernando era partidario de Maquiavelo; pero aplicaba sus máximas sin talento.

Hay libros que son lo que una arma en manos de un loco. Los cerebros de aquellos hombres comenzaban á poblar.

se de sombras, y entre las sombras crece la envenenada planta del crimen.

Toda la fidelidad generosa del perro, y su grande adhesión á la mano que lo protege y acaricia, cesa desde luego que el animal es atacado por la hidrofobia.

La ambición es la rabia de los séres á quienes Dios ha concedido el soplo de la inteligencia.

CAPITULO VIII.

DE LOS TOROS Y CAÑAS CON QUE OBSEQUIARON A LOS SEÑORES PORTA-PLIEGOS EN LA SOCIEDAD CONSERVADORA DE MEXICO.

I.

La nota colectiva, primer desbarro de los aliados, y que determinó la marcha política de la intervención, fué enviada á México por conducto del brigadier Milans del Bosch, del comandante Thommaset y de Mr. E. Patham.

La comisión se presentó al Ministro de Relaciones.

El general Doblado, ese hombre astuto, como habia dicho M. de Saligny, y de una gran capacidad, recibió á los enviados con extraordinaria galantería.

El bravo español, que creía según la voz general en Europa, hallar un campo de Agramante, y robos, y asesinatos en las calles, y escándalos y desórdenes espantosos, encontró una sociedad organizada como en Europa, bajo las condiciones de distinción y moralidad á toda prueba.

El inglés se quedó aturdido ante un cuadro que verdaderamente no esperaba, después de las calumniosas palabras de su ministro.

En cuanto al francés comprendió que la conquista estaba verde, como las uvas de la zorra.

Los porta-pliegos, y es necesario confesarlo, fueron los primeros en variar de opinión respecto de los hombres y de las cosas de México.

Milans del Bosch era amigo íntimo del General Prim, y sus informes robustecieron más las creencias de ese noble patricio, al fallar sobre la suerte de un país, donde habia visto la primera luz su joven esposa, madre de esos tiernos niños que par-

ticipan hoy de ese Pan amargo del destierro, y dividen en su inocencia la suerte de su padre, como el honor de un hombre sin mancilla.

Esas criaturas son hijas de una mexicana, y nuestras simpatías hacen un voto por su felicidad.

II.

La Srita. Amalia Brown, hija de un rico banquero inglés, estaba recién llegada á la capital de la República, y la noche del 24 de Enero daba un gran baile á los porta-pliegos de las naciones aliadas.

La más suntuosa casa de la calle de San Francisco se ostentaba llena de esplendor desde la puerta de entrada hasta los regios salones, donde afluía una concurrencia numerosa y elegante.

El patio estaba convertido en un bosque de plátanos, con sus hojas arrasadas; de naranjos exhalando el azahar de sus capullos, como los incensarios del edificio, y de multitud de flores, que expuestas á una luz artificial de luna, tomaban un tono suavísimo y encantador.

En los escalones de la amplia escalera de entrada y por ambos extremos, habia una sucesión de tiestos con flores de seda, iluminadas y puestas entre las rosas y arbustos naturales.

La cantería estaba cubierta por una rica alfombra.

Las pilastras que sostenían los corredores en la parte alta y baja del edificio, estaban adornados con festones de clavo, y en el centro de los arcos habia estrellas de vasos de colores.

En el centro del patio, una fuente artificial con taza de mármol, con una pequeña estatua del Amor, sobre una serpiente alada.

Los corredores que conducían á la antesala y salón principal estaban como el patio, cubiertos de plantas y de flores.

El salón tenia solamente dos espejos.

Eran dos lunas venecianas abrazando dos lienzos del salón: aquello era sorprendente.

Una lámpara de cristal con trescientas luces, daba de lleno sobre la alfombra blanca, salpicada de lentejuelas, y se reproducía en aquellos gigantescos cristales con un efecto magnífico.

Blanco y oro se ostentaba en muebles y tapices, y todo reverberaba como un sol incandescente.

En uno de los corredores se improvisó un salón-comedor,

donde se encontraba en todo, el lujo asiático en una soberbia manifestación.

En la antesala había unos muebles á la Luis XV, y en la pared del centro una copia de Madrazo.

Sobre el fondo oscuro del lienzo se destacaba la inmortal figura de la Herodías, llevando en la fuente de plata la cabeza del Bautista.

La luz estaba tan bien combinada, que hería á aquella pintura precisamente en el foco bajo cuyos rayos estaba ejecutada.

El marco era de ébano con incrustaciones de oro.

III.

Amalia Brown esperaba de pie á sus invitados y con una galantería inimitable los introducía en los salones.

La hija del banquero llevaba un traje de raso azul, abierto en la enagua, figurando delantal de encajes flamencos, y adornado en sus bordes con botones de perlas con el centro de brillantes.

La vista del corpiño también de encajes finísimos y delicados.

Unos pendientes formados de solitarios de un tamaño fabuloso, una soguilla deslumbradora y una pulsera riquísima, formaban el arreo de aquella mujer maravillosamente hermosa.

Los ojos de Amalia brillaban en una irradiación encantadora; su sonrisa era la de la sirena, y su voz el acento de los ángeles.

Parecía una ilusión de felicidad, el genio de la belleza, el númen del encanto y de las esperanzas.

Aquella mujer estaba en armonía con la luz, con las flores, con los arcos armoniosos que inundaban la mansión del lujo en una atmósfera de perfumes, de encantos y de espiritualismo.

IV.

—Estoy verdaderamente sorprendido, decía el señor Peña Flores á su hija Clotilde; esta fiesta es verdaderamente regia.

—Nada hay en todo que tacharse de mal gusto, exceptuando una media docena de señores de corbatas blancas; co-

mo me has contado, los había en el tiempo de los virreyes.

—Cuidado, Clotilde mía, esos caballeros son personas distinguidas del partido conservador.

—No puedo disimular el disgusto que me provocan, creo que este baile es una manifestación de simpatía hacia las aspiraciones de la liga.

—¡Hola! ya hablas de política como un periodista.

—No, no es eso, es que me repugna el servilismo; he oído algo de sus conversaciones, y como son conocidas sus tendencias al retroceso, no dudo que tratan de influenciar á los enviados, haciéndoles creer que existe en México un partido que acepta la intervención.

—No, hija mía, este obsequio es de hospitalidad.

Acercóse uno de aquellos de las corbatas blancas, como decía Clotilde.

—Señorita, estamos de felicitación; qué me place ver á usted en los salones! es necesario que los europeos vean y aprecien lo que valen nuestras hermosas.

—En cuanto á mí, señor Rodríguez, poco tendrán que admirar.

—No puedo permitir tanta modestia, usted no tiene rival en materia de belleza; personas como usted no cuenta esa sociedad demagoga.....

—Sí cuenta, se apresuró á contestar la joven, puesto que yo pertenezco á ella de todo corazón.

El viejo sátrapa arremangó el labio, mintiendo una sonrisa.

—Usted se chancea, yo no supongo en usted tan mal gusto.

—Pues lo tengo, caballero; además, no creo que esta reunión tenga por objeto exponernos como esclavas en la tienda de un comerciante árabe.

—¡Dios mío! está usted diciendo horrores, eso es confundir mis expresiones, yo sólo quiero decir que me envanezco de la sociedad á que pertenecemos.

Efectivamente, la sociedad mexicana nada tiene que envidiar, y hablo en general de ella, porque ustedes los caballeros, son un modelo de finura, y sobre todo, de patriotismo; es necesario que delante del extranjero se haga alarde de ambas cualidades, ¿no es verdad?

—Síno hay duda.....pero.....yo, en fin, como no estoy de acuerdo con los hombres de esta administración.....

—Esos son asuntos domésticos que no los debe trascender un extraño; la patria es la patria, caballero.

—Creo que me llaman, señorita, dijo aturdido aquel hombre, y saludando á Clotilde se alejó avergonzado ante los rudos ataques de la joven.

—Hija mía, dijo el señor de Peña Flores, estás terrible es-

ta noche, traes un humor espantoso.

--Qué quieres, estos hombres me son antipáticos, los veo arrastrarse á los piés del poderoso y los rechazo instintivamente.

--Mira, dijo Peña Flores, la señorita Amalia lleva una diadema de perlas y rubíes admirable.

--Esas alhajas son de mucho gusto, y es preciso confesar que le sientan admirablemente.

Un golpe de música anunció que los enviados de la liga se presentaban en los salones.

Amalia se levantó, dirigiéndose á su encuentro.

V.

Milans del Bosch, portapliegos del Conde de Reus, llevaba todas sus condecoraciones y manifestaba en su apostura toda la hidalguía española.

--Caballero, dijo la dama, tendiendo la mano al brigadier: aunque no os habéis hecho esperar demasiado, ya estaba impaciente por vuestra llegada.

--Señora, no se pasa un momento de la hora y confieso que el tiempo ha transcurrido lentamente; pero quedo indemnizado con el alto honor de estrechar una mano tan hermosa, y poder manifestar á la señorita Brown mi gratitud por su invitación.

--Me es grato, continuó Amalia, dirigiendo la palabra en lengua inglesa á Patham, saludar á un compatriota á una distancia tan grande de nuestro suelo.

--Señora, yo me inclino respetuosamente ante esas palabras que traen á mi memoria los recuerdos de la patria, y más, cuando vienen de labios tan encantadores como los de la señorita Brown.

--Caballero, dijo la dama, saludando cortesmente al oficial francés, y adoptando su idioma, los hijos de la Francia se distinguen en todas partes por su galantería: estaba segura de que concurriríais á mi invitación.

--Señora, tanta amabilidad me deja confuso y no encuentro palabras con que responder debidamente al honor que se me dispensa; cuando el corazón siente, el labio enmudece.

Los porta pliegos penetraron en el salón. Todo aquel lujo deslumbrante, aquella juventud ataviada de oro y brillantes, en nada se diferenciaba de la exquisita sociedad europea.

Aquellos hombres iban de sorpresa en sorpresa; protestaban contra los cuadros de costumbres nacionales que corren en los mercados de Europa, en que se nos pinta bajo el humil-

pe techo de los *jacales* bailando el jarabe y con un traje de fantasía, invento de los artistas del otro continente.

El pensamiento de la *conquista* se iba desvaneciendo por grados; no era posible tornar en esclavos, ni aun en colonos, á los miembros de una sociedad donde la civilización ha echado tan profundas raíces.

Los individuos de la familia desheredada de los *conservadores* se fueron acercando con dulzura á los enviados para *explorar* el campo.

Milans del Bosch, con la franqueza española que los caracteriza, no pudo contener su entusiasmo.

--Señores, decía en voz alta, estoy encantado de la sociedad mexicana, verdaderamente se hacía necesaria la revolución da la reforma.

Los conservadores hicieron un gesto tan unísono, como los comparsas de la ópera.

--¡Oh! las mexicanas, decía el francés, son encantadoras; harían papel en nuestros salones de la aristocracia; el baile está delicioso.

El inglés, con las gafas caladas, observaba los menores detalles de la fiesta y llevaba el compás de la música con el pié.

--Yo me felicito, continuaba el brigadier, de estar entre los de mi raza; ¡vive Dios! que han hecho admirablemente al proscribir á los frailes y derribar los conventos; en España, nos contentamos con tan poco! allí acabamos con los pájaros y los *nidos!*

Los *conservadores* respiraban con dificultad, como los buzos al salir del fondo del mar.

--Esta sociedad avanza: es una injusticia que se pinte á México como una nación de bárbaros; ya voy creyendo que el sistema republicano es planta de este clima.

Los *conservadores* sentían retortijones de tripas.

--No hay duda dijo el inglés, este es otro *negocio* diferente, es necesario ver antes de obrar.

Los *conservadores* le lanzaron una mirada de basilisco.

El baile había comenzado con gran entusiasmo y la fiesta estaba en todo su esplendor.

--¡Nos hemos lucido! decía el señor de Rodríguez.

--Sí, decía otro individuo alto, seco y enjutado como una culebra disecada, nos salió el *huevo gineo*.

--Estos enviados son demagogos, la cosa se tuerce.

--Ya creo que está torcida.

--¡Qué engaño!

--Aprueban la supresión de los señores religiosos!

--¡Y la xetiación de las monjas!

--¡Y la tirada de los conventos!

--¡Me he quedado estupefacto!

--No crea usted que estos hombres nos regeneren.

- Estoy por volverme juarista.
 —Si estas son nuestras esperanzas, dentro de un año andamos de mosquete gritando: ¡mueran los *mochos*!
 —Afortunadamente Mr. de Saligny y Mr. Wyke están decididos á *intervenir*.
 —A menos que no se hayan atarantado con un espectáculo que no vale la pena.
 —Los millones de Jeker pesan en la balanza terriblemente.
 —Ya lo creo, les daríamos el doble por vernos libres de Juárez y su administración.

VI.

A la media noche toda aquella revuelta concurrencia afluó como un torrente de gasas, de brillantes y de flores al salón de refresco.

El hirviente Champaña, el Rhin, el Madera, el Lácrima-Christi y cuantos vinos produce el suelo de la Europa, tantos fueron servidos en aquel espléndido banquete.

Los brindis, las expresiones, las simpatías, los votos de amor y de amistad se mezclaban; así como los corazones en suspiros, y las almas en el fuego abrasador de las miradas.

La señorita Brown tomó el brazo del brigadier español, y comenzó á recorrer los salones, sosteniendo una empeñada conversación.

—Ya sabéis, señora, decía Milans del Bosch, que mis ideas son enteramente progresistas; ignoro aún la suerte reservada á este hermoso país, pero sí me es fácil asegurar que es grave la empresa de derrocar el gobierno de la república.

—Y en caso de que el pueblo acepte la idea monárquica, no juzgáis razonable la resurrección del plan de Iguala en que se llame al trono á uno de los príncipes de la casa de Borbón?

—Creo que es un negocio muy adelantado, puesto que la candidatura recae en el príncipe Don Juan.
 La joven sonrió con satisfacción.

—Y el general Prim se prestaría á sostener la candidatura.

—El general se sujetará á lo que el gobierno de S. M. determine.

—Y vos, seño brigadier, ¿pudiérais asegurar al caballero Prim, que en Méjico se acepta como una esperanza la llegada al sólio de un español?

—No he oído hasta ahora una sola palabra que pudiera servir de base á ese aserto.

—Yo os lo aseguro; llevo algún tiempo de estar en la capital y he visto el ascendiente que encuentra ese pensamiento.
 —No veo muy claro en este negocio; los aliados no están de acuerdo como era de desearse, y temo que la convención termine el día menos pensado.

—Pero la España seguirá por su propia cuenta.

—No alcanzo nada, señorita, hay un velo tendido delante de nuestros ojos, que el tiempo se encargará de descorrer.

Amalia sabía cuanto pudiera desear y hasta donde la reserva del brigadier era lícito manifestarse.

Habló después con los enviados de la Gran Bretaña y de la Francia, los cuales sabían menos que Milans del Bosch.

La joven se introdujo en los círculos con aquel tacto político que le era peculiar.

Comprendió que las ideas manifestadas por los enviados no satisfacían á los conservadores, que deseaban á todo trance el derrumbamiento de la República.

Amalia no cesaba de infiltrar la idea de la *legitimidad* sobre el plan de Iguala y parecía ser aceptado, puesto que era la bandera que hasta entonces podía levantarse y el principio proclamado con más éxito entre los partidarios de la monarquía.

Amalia era de una rara capacidad, su posición brillante por sus riquezas podía formar un núcleo respetable que sirviera de palanca á sus pretensiones.

La joven estaba ufana y recorría los salones obsequiando á sus convidados con exquisita galantería.

La noche avanzaba en el vértigo del baile, hasta que la etiqueta, pugnando con el sentimiento del placer, comenzó á arrebatar hoja por hoja de aquel florido ramillete.

Desocupáronse los departamentos, las luces se extinguieron, cesó la música y no quedó de aquel festín sino la memoria.

Luego que Amalia quedó sola en su aposento, se despojó de sus brillantes arreos, y á pesar de que la mañana comenzaba á sobreponerse á las sombras de la noche, se puso á despachar su correspondencia para Europa.

Después se reclinó en su lecho, y llevando sus manos al corazón exclamó con la voz concentrada del que padece.

—¡Fernando. Fernando..... cuánto te amo.....!

